



Yo, sentada junto a mi abuela María de la Cruz, desde el comedor pequeño veía pasar el desfile hacia el comedor grande.

Paco, el de Correos, Paquita la maestra (que se conocieron allí y más tarde se casaron), Mari Carmen, maestra de Almería, Valverde el farmacéutico, más maestros, viajantes y los que venían de las aldeas.

Mi Tía Joaquina se afanaba en la cocina, elaborando toda clase de guisos y postres caseros. Mi Tía Juana, no paraba con su ir y venir de la cocina al comedor y viceversa. Mi Tía Matilde cruzaba el portal para atendernos a mi abuela, a mi Tío Donato y a mí.

Mientras, en las cuadras, se escuchaban los cascotes de los mulos, burros y caballos que venían de los cortijos con sus dueños, que se desplazaban a Yeste para vender sus productos. Era mi abuelo Eusebio quien les abría las puertas de las cuadras.

Mi madre Rosa vivía en Andalucía, la tierra donde yo nací, y a la que se trasladó después de casarse con mi padre Diego, al que, cosas del destino, conoció en esa casa cuando mi padre llegó a Yeste para trabajar como Administrador de OCISA.

Recuerdos de personas que ya no están, Antonio Mulero, Ricardo, Paquita la del Estanco, Emilio Navarro, Don Fulgencio, César, Doña Gloria y su marido, y tantos y tantos otros que conservo en mi memoria. Al caer la noche, todos se reunían al calor del brasero para leer, jugar a las cartas o ver la tele.

Mi infancia son recuerdos de una Posada, la Posada de María de la Cruz. Esa casa en la que me crié en ese bendito Pueblo.

¡¡¡Yeste, mi Yeste...!!! ■

Recuerdos de la posada de María de la Cruz.

Más o menos a la una y media del mediodía, aquel portal, aquella casa y aquella cocina, se ponían en movimiento.

Por **Rosa**